

CELCIT. Dramática Latinoamericana 283

POR LAS TIERRAS DE COLÓN

Guillermo Schmidhuber de la Mora

PERSONAJES: 8

Estela Fabremont, actriz de edad «sin cuenta».

Ignacio Montarsol, actor, esposo de Estela, 52 años.

Uriel Valente, director del Teatro Municipal, 33 años.

Roberto Piñeiro, capitán de las fuerzas gobiernistas, 45 años.

Militares jóvenes, cuando menos en número de tres.

Un Teatro.

Voces radifónicas textuales de los radio-amotinados.

Lugar: El Teatro Municipal de Bogotá, Colombia.

Tiempo: 1948, durante el célebre Bogotazo.

Acto I: Viernes 9 de abril, tarde.

Acto II: Sábado 10 de abril, noche hasta el amanecer.

Nota del autor: Esta obra es una versión libre de un pasaje de la vida de María Teresa Montoya, la eximia actriz mexicana. Su hija, María Teresa Mondragón Montoya, ha otorgado la autorización al autor para que los nombres de sus padres se puedan utilizar en escena.

ACTO PRIMERO

Escena 1

Cuando el público llega al Teatro encuentra el telón abierto y el escenario en total desorden; una multitud de trastos escenográficos, pertenecientes a obras olvidadas, se mira por doquier, como si ahí se guardara toda la basura de la escenografía del mundo. La luz de trabajo ilumina torpemente la escena. Al extremo izquierdo del público, se perfilan claramente una mesa y una radio con el diagrama iluminado; el diseño de la radio es de un trasnochado estilo art deco con líneas góticas.

Algunos asistentes —los más observadores— descubren una figura humana perdida en la penumbra, que inmóvil escucha la música de intenso sabor latinoamericano. Pasados unos minutos, se adelanta lentamente y cambia de estación radiofónica una y otra vez. Cuando todo el público ha llegado, las luces y el sonido aumentan ligeramente para invitarle a guardar silencio. Por la puerta de acceso del público, entra la Actriz dando sonoras voces sin obtener respuesta.

ACTRIZ.— ¿Hay alguien ahí? [Regresa al pasillo de entrada, y llama a grandes voces al Actor que está afuera.] ¡Parece que aquí tampoco hay nadie! [Regresa a la sala.] ¡Un teatro con la puerta abierta y con una radio tocando, no puede estar vacío!

LA SOMBRA.— [Se despereza lentamente y exclama con voz fuerte.] ¡El teatro está cerrado!

ACTRIZ.— [Enfurecida.] ¿Por qué no había contestado antes? [No logra respuesta.] ¿Quién es usted?

LA SOMBRA.— Yo soy...nadie...

ACTRIZ.— ¡No estoy para bromas! ¿Quién es usted?

LA SOMBRA.— Soy el director de este teatro.

ACTRIZ.— [Cordial y coqueta.] A usted precisamente lo buscaba. ¿Cómo se llama?

DIRECTOR.— Uriel Valente.

ACTRIZ.— [Ya sobre el escenario.] Es un placer conocerlo. [Le ofrece su mano al Director con ademán explícito de besamano, pero el Director la saluda sin protocolo con un desabrido apretón de manos. Ella se molesta.] Mis baúles están

en la entrada ¿podiera alguien traerlos?

DIRECTOR.— ¿Y Quién es usted?

ACTRIZ.— [Iracunda.] ¿De verdad no sabe quién soy?

DIRECTOR.— No.

ACTRIZ.— ¡Yo no se lo voy a decir! Que alguien lleve mis pertenencias a mi camerino.

DIRECTOR.— El personal del teatro no acudió hoy a trabajar.

ACTRIZ.— ¿Nadie?

DIRECTOR.— Solamente yo.

ACTRIZ.— [Con gran voz.] ¡Apague esa radio, que estamos en un teatro y no en una radiodifusora! [El Director obedece. Ella disminuye el volumen de su voz.] Supongo que el ministerio de cultura no le entregó mi lista de necesidades para el estreno.

DIRECTOR.— No, ¿qué obra van a presentar?

ACTRIZ.— ¿No lo sabe?

DIRECTOR.— [Casi fatuo.] No tengo información, así es que mejor usted me lo cuenta todo para poder complacerla.

ACTRIZ.— [Con dificultad oculta la ira.] ¿Conoce...Un drama nuevo? [La Actriz deambula mirando con desagrado el descuido en que se encuentra el escenario.]

DIRECTOR.— Conozco muchos dramas nuevos.

ACTRIZ.— [Con pedantería.] Me refiero a un drama nuevo de don Manuel Tamayo y Baus, la mejor obra de teatro de la España decimonónica. [El Director la desconocía.]

DIRECTOR.— ¿Cuándo espera usted estrenar?

ACTRIZ.— [Con resolución.] ¡Estrenaremos mañana en la noche!

DIRECTOR.— El departamento de comunicaciones del Ministerio de Cultura no nos avisó de su llegada. Me temo que no va a ser posible.

ACTRIZ.— [Perdiendo el control.] ¡Estrenaremos mañana con público o sin público!

DIRECTOR.— ¿Ya se comunicó con la embajada mexicana?

ACTRIZ.— ¿Cómo sabe que soy mexicana?

DIRECTOR.— [Remedando a la Actriz.] ¿Cómo sabe que soy mexicana? [La Actriz se incomoda.] Hoy la política importa más que la cultura, pregúnteselo a su embajador, él ya debe saberlo.

ACTOR.— [Desde los pasillos de entrada a la sala.] ¡Estela! ¡Estela! ¡Ayúdame!

ACTRIZ.— [Con enojo continuado.] ¿Y ahora qué te pasa?

[Se acerca al Actor; el Director aprovecha para encender la radio al mínimo volumen.]

ACTOR.— [Va cargado de baúles y sombrereras, apenas se le ve la cara.] ¡Me ayudas o te quedas sin sombreros! [La Actriz lo libera desganadamente de dos o tres cosas.] El taxista no quiso esperarme, a pesar de que le ofrecí dinero. Dijo que algo terrible se avecina, y arrancó despavorido.

ACTRIZ.— ¿Y mis baúles grandes?

ACTOR.— [Sofocado llega al escenario.] Los bajé yo mismo, están en el vestíbulo. [Todas las cosas se le caen al suelo, el Actor mira con ingenuidad a la Actriz y luego al Director.]

ACTRIZ.— [Con frialdad.] El señor Urías Valencia...

DIRECTOR.— [Corrige.] Uriel Valente.

ACTRIZ.— Director...de este...Teatro.

ACTOR.— [Muy cálido.] ¡Gracias por estar aquí esperándonos!

ACTRIZ.— El señor no nos esperaba.

El Director sorprendentemente se dirige a la radio y sube el volumen al máximo; se escucha una voz en arenga política.

VOZ RADIOFÓNICA.— «¡Liberales de Colombia, a la una treinta minutos de hoy, 9 de abril de 1948, asesinaron al doctor Jorge Eliécer Gaitán, al salir de su oficina situada en la carretera 7a y la avenida Jiménez, por órdenes del partido conservador y del gobierno conservador. Cuatro balazos por la espalda le dio en forma mortal el matador. Su desaparición debe desencadenar una revolución sin par en la historia de Colombia!».2

ACTRIZ.— [Con voz de mando.] ¡Apague esa radio! [El sonido es disminuido.] ¿Qué le pasa? [Baja el volumen de su voz.] Ese aparato no pertenece a un Teatro y...

DIRECTOR.— [Con gran tristeza.] ¿No se da cuenta de la tragedia? ¡Eliécer Gaitán ha sido asesinado! ¡El era la única esperanza de Colombia!

ACTRIZ.— [Fría.] Reciba mi... [Apaga la radio.] pésame. [Terminó hablando casi en susurro.] Volvamos al mundo del Teatro.

DIRECTOR.— Señora, su Drama Nuevo no va a ser representado, porque el único drama es el de la libertad del pueblo colombiano. [Sonó panfletario.]

ACTRIZ.— [Al Director.] ¡Yo soy Actriz y no tengo sangre de heroína! Con revolución o sin ella mañana presentaremos un drama nuevo, ¡el mío! A eso venimos a Colombia y es lo único que haremos, ¡Y usted nos va a ayudar! [Pausa.] ¿Dónde está mi camerino?

DIRECTOR.— [Sin emoción.] Los camerinos están detrás del escenario. [O donde estén.]

ACTRIZ.— ¿Dónde está el mío?

DIRECTOR.— Escoja el que desee, todos son iguales.

ACTRIZ.— [Fatua.] ¿De verdad no sabe quién soy?

DIRECTOR.— [Sin intimidarse.] No.

ACTOR.— [Intentando salvar la situación.] Es Estela Fabremont, la eximia actriz mexicana. Casi suplica al Director su benevolencia.]

DIRECTOR.— [Sinceramente apenado.] ¡Perdóneme, señora Fabremont, nadie me avisó de su llegada, de verdad no tengo nada en su contra...!

ACTRIZ.— [Interrumpe.] Ni tampoco en mi favor.

DIRECTOR.— [Con gran fuerza.] ¡Señora Fabremont, llega usted a Colombia en un día que cambiará nuestra historia. Los colombianos tenemos que buscar una venganza ejemplar!

ACTRIZ.— ¡Yo... nosotros sólo entendemos de Teatro, no nos interesa la política! Mañana abriremos el telón con sala llena o vacía, a las 9:00 de la noche, con su ayuda o sin ella.

DIRECTOR.— Señora, usted no sabe lo que es una revolución.

ACTRIZ.— [Ríe a carcajadas.] ¡Yo nací entre cañones! [El actor tose descubriendo la mentira.] ¡Yo sobreviví la primera, la única y la última

revolución de América! ¡La Revolución Mexicana! Esta escaramuza callejera no me detendrá... Ahora, tráiganme el resto de las maletas, ¡los dos!

El Director y el Actor salen al vestíbulo por el resto de las maletas.

ACTRIZ.— [Deambula por el escenario, mide distancias y observa con desagrado el desorden que la rodea, prueba la acústica con grandes voces.] ¡Ah, Estela! [Palmea.] ¡Estela!

La Actriz queda inconforme con la calidad. De un baúl grande saca una tela fina y busca un asiento, lo cubre, regresa por un magnífico espejo con empuñadura de plata y un hermoso cepillo. Se sienta y, con desgano, se acicala. Enciende la radio, aparece la voz revolucionaria.

VOZ RADIOFÓNICA.— «La multitud se acerca a Palacio y pronto podremos anunciar la muerte del tirano Ospina Pérez y de toda su cuadrilla de malhechores. La revolución está triunfante».

La Actriz permanece inmutable, con toda calma cambia de estación y un tango embruja la escena. Con el espejo en una mano y los cosméticos en la otra, pinta y repinta su rostro con sensualidad felina. El Actor y el Director regresan cargando varias maletas y cajas. El Director carga una enorme castaña verde en forma de pequeño ropero, caja de tesoros imprescindible para las actrices de la época dorada. Con grandes resoplidos y esfuerzos ambos personajes suben al escenario. Ella los ve y continúa plácida con sus labores embellecedoras.

ACTOR.— Nunca he entendido por qué no hacemos una gira con una sola obra, una de Benavente o de Cocteau bastaría, ¿Para qué cargar con el vestuario de todo el Teatro Universal?

DIRECTOR.— [Con familiaridad al actor.] ¡Qué bueno que no es actriz shakespiriana!

ACTRIZ.— Un día haré una Lady Macbeth tan maldita, que el público será el que tenga que lavarse las manos. [Mira los baúles y cuenta con rapidéz.] Falta el baúl

café.

ACTOR.— ¡Y el verde! Ambos esperan a que la caravana de esclavos los traiga. [El Director inicia una carcajada que es interrumpida por la mirada gélida de la ACTRIZ.].

ACTRIZ.— [Al Actor.] Nunca se te dio la comedia, ¿sabes?

El Actor hace un ademán de impotencia e inicia mutis por el público, para traer los dos últimos baúles. El Director percibe que se va a quedar solo con la Actriz y decide huir al vestíbulo.

DIRECTOR.— [Al Actor.] Yo le ayudo.

ACTRIZ.— [Baja el volumen de la radio. Al Director.] Deje que Ignacio vaya solo, ya lo hemos molestado bastante. Además, quiero hacerle unas preguntas. [El Director regresa al escenario.] ¿Cómo puedo localizar a Hernando Vega Escobar?

DIRECTOR.— [Con inmensa sorpresa.] ¿Lo conoce?

ACTRIZ.— ¡Claro que lo conozco!

DIRECTOR.— [Duda.] ¿Para que lo necesita?

ACTRIZ.— Es nuestro actor invitado en Un drama nuevo, hará el Edmundo; en México lo interpretó a nivel de excelencia.

El Director se dirige apresuradamente a la radio, va de una estación a otra, hasta que se escucha nuevamente la arenga revolucionaria.

VOZ RADIOFÓNICA.— «Podemos informar que, a pesar de la orden dada desde Palacio para que la motorización del Ejército abaleara al pueblo liberal, el Ejército se rebeló y está de parte de la revolución. En este momento Bogotá está en llamas y el poder del pueblo liberal...»

DIRECTOR.— [Simultáneamente.] ¡Es él! ¡El primer actor libre de Colombia!

ACTRIZ.— ¡Apague esa locura! [El Director obedece.] ¿Ha actuado usted alguna vez?

DIRECTOR.— ¡No!

ACTRIZ.— Lo suponía. Necesitamos un actor de su edad, pero con mejor

aparición, ¡claro! [Piensa un instante.] ¿Cómo puedo comunicarme con el presidente Ospina Pérez?

DIRECTOR.— [Irónico.] Es muy fácil, simplemente vaya al palacio y pida audiencia.

ACTRIZ.— A usted tampoco se le da la comedia.

DIRECTOR.— [Con gran sinceridad.] ¡Se están matando en las calles y usted piensa en teatro!

ACTRIZ.— ¡Yo soy actriz y sólo pienso en el teatro! Usted no es gente de teatro. [Ella niega.] Por eso no me entiende. ¡Yo actué el día en que murió mi padre; en la semana en que parí a mi hija, y pienso actuar el día de mi muerte! Mañana estrenaremos ésta u otra obra, con público o sin público; quizás pronto los conservadores quieran asistir al teatro para olvidar esta revuelta. [El Director controla su ira. Pausa.] ¿Es usted casado?

DIRECTOR.— No.

ACTRIZ.— ¿Ha amado alguna vez a alguien... además de la Revolución?

DIRECTOR.— [Precipita la respuesta sin esperar a oír toda la pregunta.] ¡No!... [El Director se ruboriza.]

ACTRIZ.— Usted tampoco podría ser dramaturgo; entrega en la primera escaramuza escénica el diálogo que cerraría un mal tercer acto.

El Actor había entrado hacía unos instantes y desde atrás escuchaba el diálogo; carga dos baúles pesados.

ACTOR.— ¡Es todo!

El Director se presta a ayudarlo, pero es interrumpido por la Actriz.

ACTRIZ.— Una última pregunta: ¿De casualidad este Teatro tiene un teléfono?
[Sonó sarcástica.]

DIRECTOR.— En el vestíbulo, a la izquierda. [O según esté situado.]

ACTRIZ.— [Al Actor.] Voy a llamar al Hotel Granada, los actores ya deberían estar aquí. [Hace mutis con resolución.]

ACTOR.— [Conciliatorio.] ¡Qué tiempos nos ha tocado compartir! ¿Ha estado usted en México?

DIRECTOR.— Nunca.

ACTOR.— No es el mejor país del mundo, pero se vive bien.

DIRECTOR.— ¿Por qué obedece a todo lo que ella pide?

ACTOR.— [Sin mostrar ira.] Por desgracia más de un país latinoamericano ha aprendido a gozar de los gobiernos militares... ¡Le deseo lo mejor, amigo!

DIRECTOR.— [Desesperado.] ¡Colombia ya no puede ser peor!

ACTOR.— No lo crea, nunca se sabe qué tan terrible pueda ser un país... o una guerra. ¿Qué hace aquí escondido?

DIRECTOR.— [Desconcertado.] ¡Yo no me escondo de nadie...! Cumpló con mi deber...

ACTOR.— ¿Por qué no se va? De todas maneras nosotros no vamos a estrenar... Allá lo necesitan.

DIRECTOR.— [Con pavor.] ¡Yo no quise unirme a la manifestación! Estamos sitiados por los militares, nadie puede cruzar las calles. ¡El pueblo se ha vuelto loco! No sé cómo ustedes lograron llegar.

ACTOR.— El barco que nos trajo por el río Magdalena atracó en Honda. Ahí nadie nos esperaba; tuvimos que llegar a Bogotá por tren; en la estación tomamos un taxi. El taxista era boliviano, no conocía ni las calles, pero en su rostro se leía el pavor.

DIRECTOR.— Ya debe ser hombre muerto... como lo seremos todos...

ACTRIZ.— [Entra dando grandes exclamaciones.] ¡La calle está llena de soldados y de gente! ¡No podemos salir! ¡Los teléfonos del Hotel Granada están continuamente ocupados y en la embajada mexicana no contestan! ¿Qué vamos a hacer?

DIRECTOR.— ¿Aún funcionan los teléfonos?

El Director intenta salir al vestíbulo a grandes zancadas; a la mitad del camino le sorprende el estallido de una bomba a las afueras del Teatro; regresa en escapada hacia el escenario, en busca de la puerta de actores que está en la

parte posterior del Teatro. Al pasar cerca de la Actriz, ella lo atrapa por la fuerza.

ACTRIZ.— ¿Por qué huye? [El Director está empavorecido.] ¿Quién es usted?

DIRECTOR.— [Intenta en vano zafarse.] ¡Ya se lo dije... nadie! [Sonó desesperado.] ¡Déjeme, se lo ruego!

La Actriz suelta al Director, pero éste ya no hace ningún movimiento, porque varios militares han entrado a la sala por las puertas del público.

Escena II

CAPITÁN.— ¡Nadie puede salir ni entrar en este Teatro! ¡Identifíquense!

ACTRIZ.— [Sin inmutarse.] ¡No tengo por qué identificarme! Si estuviera puesta la cartelera de la obra que mañana estrenaremos, usted podría leer mi nombre.

CAPITÁN.— [Con admiración.] ¡Estela Fabremont!

ACTRIZ.— [Por una vez desconcertada.] ¿Me conoce?

CAPITÁN.— En Caracas le vi una obra.

ACTRIZ.— [Coqueta.] Es un placer conocerlo, General.

[Mira con desprecio al Director.]

CAPITÁN.— Soy el Capitán Roberto Piñeiro.

ACTRIZ.— Perdón, Capitán Piñeiro, es que en México a los Capitanes los hacemos Generales.

CAPITÁN.— No tema, señora, usted y su compañía están bajo la custodia del gobierno conservador. En una hora más, la revuelta habrá terminado y todo volverá a la paz. Vamos a utilizar la azotea de este teatro como atalaya para observar el Capitolio. [Al Actor.] ¿Quién es usted?

ACTOR.— Ignacio Montarsol.

ACTRIZ.— [Quitándole importancia.] Es mi marido.

CAPITÁN.— [Al Director.] ¿Y usted?

DIRECTOR.— [Mira con pavor al Capitán y musita un nombre falso.] Urías Valencia.

ACTRIZ.— [Al Capitán.] Intenta dirigir este teatro... [Suplicante con intencionada coquetería.] Capitán, ¿Y mi obra?

CAPITÁN.— Señora, le prometo que pronto estrenará con sala llena. El propio presidente Mariano Ospina Pérez vendrá a aplaudirle. Usted será la heroína cultural de la victoria. [Una bomba explota ruidosamente a las afueras del Teatro, la luz parpadea. Se escuchan tiros y gritos de chusma en ataque.] ¡Teniente, permanezca en el vestíbulo, que los demás hombres impidan que la revuelta se aproxime al Capitolio! Yo daré las órdenes desde arriba. [Los militares obedecen. El Capitán se aproxima al Director.] ¡Muéstranos el camino!

El Director duda un instante y se dirige al fondo del escenario. El Capitán se cuadra ante la Actriz, quien le sonrío con modales cortesanos, y sigue los pasos del Director. Mutis de los dos hombres y los militares.

Escena III

La pareja ha quedado sola. El Actor se acerca a la Actriz y la abraza.

ACTRIZ.— En la vida, como en el Teatro, el miedo dura poco. ¿Crees que este soldadito de plomo cumpla su promesa?

ACTOR.— [Con pasión.] ¿A quien le importa una noche más de Teatro?

ACTRIZ.— [Con fuerza.] Los actores comen y cobran sueldo aunque no trabajen. Además, odio el ocio.

ACTOR.— Quizás esta revolución sea una oportunidad de pensar en ti y... [La Actriz se desprende del abrazo con frialdad.] ¿Nunca has pensado en retirarte?

ACTRIZ.— [Seca.] No, la muerte me bajará de las tablas.

ACTOR.— Y te enterrarán en una caja hecha con las tablas de un viejo escenario apolillado, sólo así podrás descansar en paz.

ACTRIZ.— Soy la mejor actriz de Latinoamérica.

ACTOR.— Ser eso en estos países es como ser nadie. Si fueras europea, ya tendrías teatros que llevaran tu nombre y las giras serían triunfales.

ACTRIZ.— No veo la diferencia, los teatros han estado llenos y los aplausos

siempre han sido generosos.

ACTOR.— Pero la taquilla no da para pagar la gira.

ACTRIZ.— Hacemos teatro por amor al Arte, ¿o no?

ACTOR.— ¡Pero el Arte no basta... al menos a mi, no!

ACTRIZ.— ¿Te ha faltado algo desde que nos casamos?

ACTOR.— ¡Tú!

ACTRIZ.— Me conociste en las tablas y sabías a qué venías.

ACTOR.— Tú también supiste, desde el primer momento, que yo no podría ser un primer actor a tu altura.

ACTRIZ.— Todos los actores tenemos debilidades, pero encontramos cómo rebustecerlas, o al menos cómo encubrir las. Cuando estrenemos Un drama nuevo, tú serás el primer sorprendido de tus capacidades.

ACTOR.— ¡Mañana no lo estrenaremos... ni nunca!

ACTRIZ.— ¡Me lo tienes prometido!

ACTOR.— [Con desesperación.] ¡Ya no!

ACTRIZ.— [Recapacita.] No sé para qué volvemos a tocar el tema... ¡La culpa es de este Teatro que parece una cárcel!...[Pausa larga.] Tengo que pensar en otra cosa... Vamos a hacer un ensayo a la manera italiana.

ACTOR.— [Suplicante.] ¡Ahora no!

ACTRIZ.— Al menos para matar el tiempo. ¿Dónde pondría el libreto? [Se dirige a un baúl y lo encuentra a la primera.] Siéntate en uno de los baúles. [El Actor obedece con irritación.] Vamos a darle un repaso general a Un drama nuevo.

Escena primera. Shakespeare [Se señala.] y Yorick. [Señala al Actor.] Shakespeare. «Y, sepamos, ¿a qué es traerme ahora a tu casa?» [El Actor suspira con fastidio.]

ACTOR [Yorick].— «¿Dueléte quizá de entrar en ella?»

ACTRIZ [Shakespeare].— «Pregunta excusada, que bien sabes que no».

ACTOR [Yorick].— [Duda un poco.] «Pues, ¿qué prisa tienes?»

ACTRIZ [Shakespeare].— «Aguárdanme en casa muchos altísimos personajes, que por el solo gusto de verme vienen desde el otro mundo a este mundo».

ACTOR [Yorick].— «Sabré yo desenojar... Sabré yo desenojar a tus huéspedes... con unas cuantas botellas de vino de España. Dizque este vinillo resucita a los

muertos, y sería de ver que... los monarcas de Inglaterra resucitasen a la par y... y...» [La Actriz le apunta: y armaran contienda] «y armaran contienda sobre cuál había de volver a sentarse...» [La Actriz apunta: en el trono.] «en el trono...» [La Actriz apunta: «Pero, ¿qué más resucitados que ya lo han sido por tu pluma?»]

ACTOR.— ¡No puedo!

ACTRIZ.— No te estás concentrando.

ACTOR.— Lo que vas a conseguir con este ensayo es hacerme perder toda la seguridad que ya había logrado.

ACTRIZ.— ¡Concéntrate! Vamos a repetirlo todo. Te daré pie con la primera línea de Shakespeare: «Y, sepamos, ¿a qué es traerme ahora a tu casa?»

ACTOR [Yorick].— [Duda.] «¿Te duele entrar en ella?»

ACTRIZ.— [Corrige.] «¿Duélete quizá de entrar en ella?»

ACTOR.— [Pierde la paciencia y se pone de pie.] ¿Cómo puedes hacer un ensayo a la italiana en medio de una revolución?

ACTRIZ.— No veo la diferencia; en nuestra historia todo es ensayo, hasta la revolución.

ACTOR.— ¡No, la Historia no tiene ensayos, no es como el Teatro! Allá afuera los muertos no se levantarán para agradecer los aplausos. ¡Desde que iniciamos esta gira no puedo quitarme de la cabeza la idea que mientras hacemos teatro, nuestra América se desintegra! [La Actriz deambula en silencio, el tiempo transcurre.]

ACTRIZ.— ¡La América nuestra es un proyecto y nada podemos hacer! [Pausa.] ¡No hay brújula para nuestra historia! Fíjate en los países que hemos visitado en esta gira, ninguno parece tener un ancla en el pasado, ni una saeta dirigida al futuro. ¡Con dictaduras, democracias o gobiernos socialistas, Latinoamérica sólo va arrastrando su presente! Recuerda lo que vimos en la Dominicana y en Cuba... o en Venezuela.

ACTOR.— [Defensivo.] ¡En consecuencia tú no eres latinoamericana por que sí tienes un rumbo y nada ni nadie te hace cambiarlo!

ACTRIZ.— [Cambia a juguetona.] ¡Y tú si eres un perfecto latinoamericano porque eres indolente...! Anda, Yorick, dame líneas.

ACTOR.— ¡No quiero seguir!

ACTRIZ.— La obra corría en México perfectamente.

ACTOR.— ¡No puedo concentrarme! En este teatro parece que el tiempo no transcurre, siento como si hubiéramos permanecido siglos aquí.

ACTRIZ.— Te digo que eres un típico latinoamericano, aún crees en la magia...

ACTOR.— Tengo hambre.

ACTRIZ.— Permíteme informarte que hoy no salimos de picnic, no tenemos nada para comer.

ACTOR.— Algo habrá, en los Teatros hay ratones porque siempre hay algo que comer.

ACTRIZ.— Vamos a hacer un ejercicio de concentración, el que tú me enseñaste para cuando no puedo concentrarme, y que me relaja los nervios.

ACTOR.— ¿Cuál?

ACTRIZ.— El que jugamos varias veces en el barco, cuando veníamos navegando por el río Magdalena. [Romántica sorpresivamente.] Nos sentábamos a irar el nacimiento y la muerte del sol. Recuerdo que dijiste que el sol es un actor perfecto, porque hace las mejores entradas y los más maravillosos mutis... ¿Jugamos?

ACTOR.— Mejor sigue hablando, con el paso de los años, tus monólogos han dejado de ser vulgar prosa, para convertirse en poesía.

ACTRIZ.— ¿Insinúas que hablo mucho?

ACTOR.— Ni lo afirmo ni lo niego...

ACTRIZ.— [Juguetona.] Lo dices en venganza a mis reproches por tus abundantes silencios.

ACTOR.— Si vas a comenzar con tu letanía de reproches, mejor jugamos a Duelo de Dramaturgos. Si no me ayuda a concentrarme, de menos me hará olvidar que tengo hambre. [En caricatura.] ¡Madame, cómo le agradezco los afectuosos saludos que me trae de su presidente Miguel Alemán. A pesar de que somos amigos, de verdad prefiero que usted haya sido la portadora del mensaje, en su boca hasta un reproche sonaría a halago!

ACTRIZ.— [Sigue en farsa.] Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo y Molina. [El

Actor le reconoce la buena memoria.] La verdad es que la idea de la visita fue de nuestro representante, es un genio para la publicidad.

ACTOR [En Trujillo].— ¡Yo soy un dictador que no gusta del teatro, prefiero el baile! [La Actriz no responde. En Actor.] ¡Pierdes una a sero! [De inmediato, en imitación fársica.] Señora Fabremont, pero mi esposa adora el Teatro, hasta sueña con ser dramaturga, ha escrito una obra.

ACTRIZ.— En cada país que visitamos, montamos una obra de un dramaturgo nacional. ¿Cómo se llama la obra? [La Actriz pretende comprobar la memoria del Actor.]

ACTOR [En Trujillo].— Falsa amistad. A María le encantará la idea.

ACTRIZ.— Debe ser una farsa, es el único género dramático que puede reflejarnos.

ACTOR [En Trujillo].— No madame, es el melomelodrama el género quemejor perfila en nuestra América a los triunfadores. La tragedia y la comedia sólo son para los perdedores. ¡Por eso son sus dos géneros favoritos! [La Actriz no responde. En Actor.] ¡Dos a cero! [En farsa.] Es absurdo, señor Bolívar, haber intentado unificar lo que es infinitamente disperso.

ACTRIZ [En Bolívar].— ¿Trescientos años de calma no bastan a su Majestad Isabel la Católica?...

ACTOR [En Isabel La Católica].— Quinientos o mil años serán lo mismo...

¡Libertador, levantaos de vuestra tumba caraqueña y mirad la América del siglo XX ¿Qué os parece?

ACTRIZ [En Bolívar].— Mi vocación es darle un destino a todo un continente, para poner el universo en equilibrio.

ACTOR [En Isabel La Católica].— Pues el continente sigue estando en desequilibrio, ¿qué vais a hacer, Libertador?

ACTRIZ [En Bolívar].— Brincar con la mirada la trivialidad de la historia latinoamericana, y esperar la creación de un mundo moderno que nuestro la majestad al Mundo Antiguo. ¿Y vos qué haríais si la razón y la vida se os fuera devuelta, Emperatriz Carlota?

[El Actor no responde. En Actriz.] ¡Dos a uno! [En farsa.] ¿La Emperatriz de México ha perdido la razón otra vez?

ACTOR [En Colón].— Brasil y México fueron las dos últimas monarquías de América, pero creo que aún hoy los latinoamericanos tienen el corazón un poco monárquico, ¿sabe, Cristóbal Colón, por qué? [La Actriz pierde. En Actor.] ¡Tres a uno! [En farsa.] Os lo voy a decir. porque esperan que su destino político lo cumplan otros.

ACTRIZ.— ¡Claro! Nunca nos hemos repuesto de no tener rey. Nuestra libertad nació con el primer rey de América, el Negro Miguel!

La Actriz señala al Actor y ríe creyéndole haber ganado.

ACTOR [En Negro Miguel].— [Versifica con dificultad y goza al lograrlo.]

So' el re' Negro Migué'...

Tengo un hijo y un cumbé'...

So' libre y no tengo re'...

¿Y vos qué pensá, Santa Rosita Limeña?

El Actor ríe.

ACTRIZ [En Santa Rosa de Lima].— Somos la tierra prometida de Dios. Judea y Roma lo traicionaron, por eso somos la América Católica. La libertad del indio la dieron los frailes, no los héroes; la misma Virgen María se hizo americana. ¡Que viva la Virgen de Guadalupe, Patrona de las Américas! [En Actriz.] ¡Ya me cansé!

ACTOR.— ¡Cuatro a uno! [En Negro Miguel.]

Aunque me mate don Diego

y maten lo' negro' mío...

no pue' apagá' el fuego

de liberta' de lo crío'...

ACTRIZ.— Ahora soy yo la que tengo hambre.

ACTOR.— ¡Cinco a uno! ¡Pierdes!

En la penumbra estaba el Director; se escucha su aplauso de lentas y socarronas palmadas.

ACTRIZ.— [Se molesta.] ¿Qué hace ahí escondido?

DIRECTOR.— No sabía que en el Teatro se puede improvisar como en el Jazz.

ACTRIZ.— [Con ira.] Unos podemos y otros no. Ya oyó que los dos tenemos hambre, ¿tiene algo de comer?

DIRECTOR.— [Se adelanta. En mesero.] Recomiendo a la señora la sobrebarriga con papas chorreadas, el chupe peruano, la cazuela chilena, el mole mexicano y el churrasco argentino, servidos con succulentas arepas y con tortillas mexicanas, ¿o es que la señora sólo come comida a la francesa?

ACTRIZ.— [En ataque.] ¡Por algo será que usted lleva el nombre del menor de los arcángeles, Uriel, la Biblia casi no lo menciona! [Sonido de bomba.]

DIRECTOR.— La Biblia olvidó al Arcángel Uriel porque olvidó el fuego de Dios. [Bombas.]

ACTRIZ.— Usted es una persona extraña, yo creía haber conocido todos los tipos de Directores de Teatros, pero nunca antes me había topado con un pusilánime.

ACTOR.— ¡Estela!

DIRECTOR.— Esa palabra no existe en mi diccionario.

ACTRIZ.— De alma pequeña, quizás para que haga juego con su cuerpo. Un hombrecillo de libertad reducida.

ACTOR.— ¡Estela, no sigas!

DIRECTOR.— ¡Usted solamente encarna a las grandes heroínas del Teatro, siga con su gira que no hará a nadie un ápice más libre! ¡Yo hago hombres libres!

[Alaridos de chusma.]

ACTRIZ.— ¿En serie o de uno por uno?

DIRECTOR.— ¡Colombia no merece esas palabras!

ACTRIZ.— ¿Y merece usted ser latinoamericano?

DIRECTOR.— [Con gran pathos.] ¡No! ¡Claro que no!

ACTOR.— Cuando terinen de jugar a Duelo de Dramaturgos, ¿podríamos buscar algo que comer?

DIRECTOR.— [Aparentemente en calma.] Existe un ordenamiento que prohíbe comer dentro de este Teatro.

ACTOR.— No creo que nadie lo haya obedecido.

DIRECTOR.— Queda un poco de café en mi cafetera... y la boletería tiene comida en un escondite bajo la ventana de la taquilla. Es todo lo que hay.

ACTOR.— Déjeme ser yo el ladrón, ustedes sigan dalogando... cordialmente. [El Actor hace mutis.]

DIRECTOR.— [Contrito.] No quise ofenderla, pero me molestó cómo hablaban de... [No puede continuar.]

ACTRIZ.— ¿De nuestra América?

DIRECTOR.— [Asistente.] ¿Sabe usted que la primera proclama política de la historia de la humanidad que integra el concepto de felicidad fue escrita en Aérica? [Recita extasiado.] «Todos los hombres han sido creados iguales y dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables que comprenden la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». [Pausa breve.]

ACTRIZ.— Usted es ateo, ¿no es cierto?

DIRECTOR.— Creo... en la felicidad... en la felicidad latinoamericana... algún día...

ACTOR.— [Desde la entrada.] ¡Café, azúcar, galletas, caramelos, chocolates, queso y medicamentos para la indigestión! [Ríen. El Actor sube al escenario y conecta la cafetera en donde estaba la radio apagada.] Este café nos reanimará, hasta las revoluciones se aprecian mejor con un café. El Director se incomoda.] Perdón, hasta las dictaduras se aprecian mejor con un café. [El Director se incomoda más.] ¡Mejor tomamos café y no hablamos de política!

ACTRIZ.— ¡Un café colombiano, el mejor del mundo!

El olor a buen café perfuma el escenario y la butaquería.

ACTOR.— ¿Quién sería el primero a quien se le ocurrió preparar el café?

DIRECTOR.— ¡Debió ser un visionario!

ACTOR.— [Al Director, remedando a un mesero.] ¿Cómo desea el señor su café?

DIRECTOR.— Con aroma y sin azúcar.

ACTOR.— ¿Y la señora?

ACTRIZ.— Con amor y con azúcar. [Ríen. El Actor sirve el café en tazas pequeñas y diferentes.] Mis malos modales no van de acuerdo con ese servicio tan refinado. [Al Director, con sinceridad.] Le debo una disculpa...

DIRECTOR.— [Sonríe.] Conocía la pipa americana de la paz, pero no el café latinoamericano de la paz. [Ríen.]

ACTRIZ.— [Cordial.] Nuestro Drama nuevo no llegará a escena, de menos en esta tierra de Colón. Suspira.] La historia ilustra la lucha del hombre por ser libre... el Teatro ejemplifica la lucha de la libertad por ser humana... [Quedan un instante callados bebiendo el café.]

ACTOR.— ¡Europa brinda con vino, América debería brindar con café! ¡Les propongo un brindis! ¡Por los sueños y las esperanzas de Bolívar! [Tocan sus tazas y beben sus pensamientos, mientras los sonidos de la chusma aumentan.]

ACTRIZ.— [Mágica.] El que espera no envejece, y el que no espera se hace viejo. ¡Viva la niña América!

Una bomba estalla con gran estrépito a las afueras del Teatro, la luz parpadea, se escuchan alaridos de chusma acribillada y disparos.

CAPITÁN.— [Que había entrado hacía unos instantes, a tiempo de escuchar el brindis.] ¡Nadie puede invocar el espíritu de Bolívar en vano!

ACTRIZ.— ¡Así lo hemos invocado por más de un siglo!

CAPITÁN.— [Amistoso.] Se les ve contentos, ¿con qué brindan? ¿Con un buen vino?

ACTRIZ.— Brindamos con café aguado.

CAPITÁN.— Señora Fabremont, vengo a informarle que la revuelta ha sido sofocada, solamente quedan unos pocos peleando por las calles, el Palacio y el Capitolio no han sido tocados. ¿Con qué obra le gustaría abrir su temporada?

ACTRIZ.— Con alguna obra antibélica, existen muchas... Troyanas... Antígona... [Se escuchan sonidos de disparos y lamentos de dolor.]

CAPITÁN.— El Teatro no es amigo de la guerra, señora, porque sólo cuando hay paz, existe el Teatro.

ACTRIZ.— El Teatro es también una forma de hacer la guerra, Capitán. [Sonidos

de metralla.]

CAPITÁN.— [Burlesco.] ¿Contra quien pelea su teatro, señora?

ACTRIZ.— [Con gran dignidad.] ¡Contra aquellos que mancillan las verdades eternas!

CAPITÁN.— Ya no existen verdades eternas, señora.

ACTRIZ.— Si todos los militares piensan como usted, ¡mejor prefiero que esta revolución gane!

ACTOR.— ¡Estela! [El Director se ha sorprendido.]

CAPITÁN.— Siendo actriz, usted debe tener el poder de la empatía, así se llama, ¿verdad?, al poder de ponerse en el lugar de otro. ¡Póngase en mi lugar! ¿Qué haría? ¿Apoyaría la justicia... o el orden?

ACTRIZ.— ¡Apoyaría la libertad!

CAPITÁN.— Algún día nuestros países podrán buscar gobiernos populares, pero no ahora, aún requieren de un principio de autoridad, de un libertador o de un padre.

ACTRIZ.— ¡Yo no necesito un dictador!

ACTOR.— ¡Estela, no veo para qué empeorar nuestra situación.

Se escucha una gran bomba a las afueras del Teatro y se hace un apagón.

CAPITÁN.— ¿Qué pasó? [El Actor ilumina el Teatro con un encendedor.] Vamos a la azotea del teatro. Verán a Bogotá en llamas y a la plaza Bolívar llena de cadáveres. Ustedes mismos serán espectadores de una escena que ni el teatro griego pudo presentar: La última contienda de una revolución! [Los tres soldados entran al Teatro con gran estrépito, dos de ellos llevan lámparas de mano.]

¡Vamos todos arriba! [El capitán encabeza el cortejo, sólo los soldados lo siguen; el Capitán se detiene y ordena a los soldados con gran autoridad.] ¡Inviten a la señora y a sus amigos a pasar a la azotea del Teatro! [Los soldados obligan a los tres civiles a seguir el cortejo hacia las profundidades del escenario. El Capitán los ve pasar primero.] ¡Allá arriba, vamos a olvidarnos del Teatro para enfrentarnos con la vida!

El cortejo hace mutis, y la oscuridad reina en la sala. Fin del Acto Primero.

ACTO SEGUNDO

Escena I

La Actriz y el Actor están sentados en escena cuando la luz eléctrica regresa. La radio estaba encendida y su sonido interrumpe el silencio. El público se ha ido sentando en la butaquería con la ayuda de los soldados que hicieron guardia en el vestíbulo durante el entreacto. La Actriz cambia de una estación radiofónica a otra con aparente desgano; algunas estaciones envían su mensaje revolucionario.

VOCES RADIOFÓNICAS.— «Yo invito a todos los obreros, a todos los trabajadores de la República, y les pido en nombre del pueblo que paren inmediatamente sus labores... Huelga general y permanente... Amigos, compañeros liberales de la República, hombres libres de la nación: la revolución en Bogotá está triunfante».

La Actriz disimula su creciente interés. Se incorpora y una luz mayor nos permite ver lo extenuada que está, como si las treinta y tres horas que han pasado entre el Acto Primero y el Segundo hubieran sido años. Llevan los personajes las mismas ropas, pero ahora las vemos desaliñadas y pasadas de moda.

ACTRIZ.— [Casi derrotada.] ¡Por el Teatro he aceptado muchas cosas malas!

ACTOR.— Como casarte conmigo...

ACTRIZ.— [Sin ánimo.] ¡Deja de jugar! No niego que hacer teatro es una audacia. Yo nunca creí que el Teatro me iba a llevar al parnaso, pero esta vejación y este ayuno sobrepasan, con mucho, a los malos tiempos que nos han estado persiguiendo.

ACTOR.— Aún estamos vivos, eso es lo importante... afuera hay muchos que no pueden decir lo mismo.

ACTRIZ.— A esta hora estaríamos abriendo el telón. Yo ya perdí la cuenta del número de horas y de bombas... Cierro los ojos y vuelvo a ver la escena más

terrible que he visto en mi vida, ¡la multitud se aproxima y los militares disparan!

ACTOR.— Nada podemos hacer... El que gane nos ayudará...

ACTRIZ.— Mejor hubiéramos alargado la temporada en México. ¡Para qué te hice caso de aventurarnos en esta embajada artística!

ACTOR.— En unas horas todo habrá acabado. Después viajaremos al Cono Sur, ahí no hay revoluciones y existe el mejor público de América.

ACTRIZ.— Fuimos unos ilusos al querer abarcar la mitad del continente en una gira... lejos de nuestra hija y de los que queremos...

ACTOR.— Antes de partir querías visitar las veinte Américas. Y además, tú misma inventaste la locura de montar una obra nacional en cada país que tocábamos, ¡como si la dramaturgia latinoamericana se diera en racimos! ¡De este medio siglo, sólo permanecerán los dramaturgos en la historia del teatro: Florencio Sánchez y Rodolfo Usigli!

Pausa larga.

ACTRIZ.— [Mira al Actor con sinceridad.] ¿Por qué no soy feliz como todas las mujeres, con un marido... con unos hijos y unos perros... con un hogar y un pueblo? ¿Por qué mi felicidad es trashumante?

Sonido lejano de bomba.

ACTOR.— No te mortifiques mientras que mi felicidad también lo sea.

ACTRIZ.— Bien dices que no vale la pena todo nuestro esfuerzo. En estas revoluciones se matan por construir una patria, y quizás algún día lo lograrán; pero tú y yo llevamos inútilmente una voz de ciudad en ciudad... ¿Podrá cambiar el Teatro a un pueblo? [Pausa.] ¡Deverdad tenías razón, a nadie le importa una noche más de Teatro...!

ACTOR.— [Animoso.] Vamos a hacer un ensayo a la italiana, nos alentará.

ACTRIZ.— Ya lo intentamos varias veces, y no percibo el sabor de las palabras.

ACTOR.— Aunque has estado hablando por horas...[La Actriz lo mira con reproche.]

Meditando en voz alta me refiero.

ACTRIZ.— He llegado a imaginar que este Teatro será nuestra tumba...

ACTOR.— Si no hubieras sido actriz, ¿qué te hubiera gustado ser en la vida?

ACTRIZ.— A mí... [Descubre la trampa.] ¡Estás comenzando uno de tus juegos!

ACTOR.— Vamos a matar el tiempo con un ping-pong dramático.

ACTRIZ.— Esos juegos tuyos siempre terminan por hacerme daño.

ACTOR.— Son juegos de la verdad.

ACTRIZ.— Estoy muy cansada para oír verdades... Nunca me había sentido tan triste.

ACTOR.— Hoy has decidido dejar de ser Actriz, ¿a qué te gustaría dedicarte?

ACTRIZ.— A nada... absolutamente a nada

ACTOR.— [Apunta.] Pondrías un negocio.

ACTRIZ.— Es una idea extraordinaria que desde hace mucho no se me puede quitar de la mente: Una agencia de actores y actrices que son contratados para suplantar a personas famosas en una entrevista o en una fiesta...

ACTOR.— [Fársico.] ¡Necesito un doble!

ACTRIZ.— ¿Un qué?...

ACTOR.— ¡Uno a cero! [En farsa.] ¡Necesito un doble que sea mi gemelo! Tengo dos citas simultáneas a las que no puedo faltar.

ACTRIZ.— [Comprende.] Necesita un doble para sustituirlo en la cita que no puede asistir. ¡Se lo proporcionaremos!

ACTOR.— [Fársico.] Por el momento sólo requiero de un doble, en el futuro quizás necesite varios más.

ACTRIZ.— [Fársica.] ¿En dónde quiere estar y no estar?

ACTOR.— En mi hogar.

ACTRIZ.— ¿Con su esposa?

ACTOR.— [Sincero.] Si.

ACTRIZ.— Tenemos a un primer actor que lo podrá doblar.

ACTOR.— Pagaría lo que fuese.

ACTRIZ.— Nuestro director escénico le hará el montaje, necesitamos saber todos los detalles... hasta los más íntimos.

ACTOR.— ¿De verdad pueden sustituir a cualquier persona en cualquier lugar?

ACTRIZ.— Nuestro negocio está asegurado contra errores.

ACTOR.— [Intimo.] Pues entonces necesito dos actores, porque no quiero estar en ninguno de los dos lugares.

ACTRIZ.— [En Actriz.] ¿Cuál es el otro sitio en el que no desea estar?

ACTOR.— [En Actor.] ¡En el Teatro! [La Actriz descubre la confesión personal del Actor y se perturba.]

¡Dos a cero!

ACTRIZ.— [Volviendo a la realidad.] ¡Estoy uy cansada para otro de tus juegos...!
¡En el fondo eres un dramaturgo... fracasado!

ACTOR.— ¡Tres a cero! [Como si hubiera escuchado. En farsa.] ¡Quiero dejar de ser yo aunque sea por una velada!

ACTRIZ.— [Rápida en farsa.] ¡Le costará todos los pesos del mundo y la vida! [El Actor duda. En ACTRIZ] ¡Tres a una! [En farsa.] Usted es un afamado político, ¿verdad? ¿En qué podemos servirle?

ACTOR.— [En juego.] ¿Puede sustituirme en... una asamblea política?

ACTRIZ.— [En juego.] La agencia lo puede todo.

ACTOR.— El actor tendrá un diálogo muy pequeño, solamente tiene que decir no.

ACTRIZ.— ¿En dónde será la negación?

ACTOR.— En la máxima asamblea que determinará el destino del país.

ACTRIZ.— Le costará diez millones de escudos.

ACTOR.— ¡Tanto por decir un no!

ACTRIZ.— Será un no que convenza a dos millones de patriotas que piensan y...
[Medita.] a veinte millones que tienen hambre. Además la negativa no caerá sobre su conciencia. [Bomba.]

ACTOR.— [Aplaude.] ¡Bravo por el discurso!

ACTRIZ.— ¡Pierdes por aplaudidor! ¡Tres a dos! Yo escojo personaje... Eres un Obispo. [El Actor piensa un instante.]

ACTOR.— [En farsa.] ¡Necesito un doble para alguien muy importante!

ACTRIZ.— [En farsa.] Solamente tenemos trato con los interesados, ¡por cuestión de sigilo profesional!

ACTOR.— Hay que sustituir a un enfermo... su edad ya no le permite mostrarse en público... y es terrible.

ACTRIZ.— ¿Es un actor decrepito, como hay tantos?

ACTOR.— Casi es un... obispo, se nos duerme en el Tedéum, necesitamos un doble que pueda ser obispo simultaneamente de pobres y de ricos, y que sepa dar de vez en cuando un sentido fervorín.

ACTRIZ.— Le costará cien mil millones de soles.

ACTOR.— Las limosnas no dan para tanto, ¿por qué tan caro?

ACTRIZ.— Es que... [La Actriz duda.]

ACTOR.— ¡Pierdes! ¡Cuatro a dos! Pudiste haber contestado: Porque el Actor sabrá latín. [Pausa.] Déjame pensar un diálogo más inteligente...

ACTRIZ.— No creo que puedas. ¡Te reto a que tú pongas la Agencia de Actores, te juego dos puntos por pérdida de diálogo!

ACTOR.— ¡Pero si voy ganando cuatro a dos!

ACTRIZ.— Te voy a hacer perder dos veces seguidas.

ACTOR.— [En Actor.] Yo nunca supe comercializar las ideas tan bien como tú. [En farsa.] Nuestra agencia hará lo imposible para satisfacer sus deseos, madame.

ACTRIZ.— [Corrige.] Mesié [Pronunció la venezolana.], por favor. [Finge la voz de un hombre.] ¡Necesito un primer actor!

ACTOR.— [En parodia de empresario.] ¡Ya no tengo actores, los han contratado a todos de por vida! [Mira a la Actriz creyendo haber ganado este ajedrez dramático.]

ACTRIZ.— Alguien tendrá que prescindir de su doble. ¡Necesitamos el mejor! [Continúa sigiloso.] ¡Es un trabajo... de máximo secreto!

ACTOR.— ¿A quién tendrá que suplantar?

ACTRIZ.— No se lo puedo decir, si la verdad se supiera, Latinoamérica sufriría.

ACTOR.— Somos una compañía ciega, sorda y muda, cuando queremos serlo.

ACTRIZ.— Necesitamos un doble para... ¡él! [Bomba y metralla.]

ACTOR.— ¿Para él? Costará más que el Dorado.

ACTRIZ.— Se le pagará lo que pida. Hoy nuestro presidente será asesinado en Palacio, el Bogotazo no pudo ser controlado. El ya cruzó la frontera con

pasaporte falso, pero alguien debe morir en su lugar.

ACTOR.— [En Actor.] ¿Matar al actor?

ACTRIZ.— ¡Pierdes! ¡Cuatro a cuatro! [En hombre.] Un presidente es más importante que un actor. Tendrá que ser sacrificado.

ACTOR.— [En farsa.] ¿Tendrá parlamento al morir? Las últimas palabras no pueden ser improvisadas, formarán parte de la Historia.

ACTRIZ.— [En hombre.] Se las dejamos a la inspiración del actor, al cabo el ruido de los disparos las opacará. [Bomba y metralla.]

ACTOR.— Costará cien millones de francos suizos.

ACTRIZ.— ¿Por qué en moneda extranjera?

ACTOR.— Porque después de este golpe de Estado, ya no habrá país.

ACTRIZ.— No lo crea, nuestros países nacieron para ser eterna... aunque mediocres.

ACTOR.— ¿Cómo sabrá la Agencia cuándo el juego termine y siga la vida?

ACTRIZ.— Nunca, porque nuestra historia siempre ha sido un juego. [La Actriz cambia instantáneamente de papel y se convierte en abogado defensor ante un jurado — el teatro vacío.] Señores del Jurado, este empresario y su grupo de actores salvó la vida de nuestro presidente, la revolución fue sometida y el gobierno fue reinstaurado, sólo murió un actor que la chusma confundió con nuestro presidente. Para este héroe ocasional pido la medalla al mérito ciudadano. [Al Actor.] ¿Qué opina?

ACTOR.— [Duda.] Yo...

ACTRIZ.— [En ACTRIZ.-] ¡Pierdes!

ACTOR.— Me hiciste trampa, cambiaste de personaje a la mitad de la escena, te faltó unidad psicológica.

ACTRIZ.— Siempre encuentras excusas para no ganar. Te doy una última oportunidad. ¡El que gane ahora, gana el partido!

ACTOR.— ¡De acuerdo!

ACTRIZ.— ¡Ring! ¡Ring! [Simula contestar un teléfono.] Sí, sí... entiendo... es un secreto de Estado... ahora mismo. [La Actriz va hacia uno de los baúles, lo abre y saca una pistola de teatro, se acerca al Actor y le da tres disparos a quemarropa.]

El rostro del Actor se desfigura por el pavor. La Actriz regresa al supuesto teléfono.] Señor Presidente, su deseo ha sido cumplido, ya no hay dobles, ya no existe el teatro... sólo la política. [En Actriz.] ¡Gané una vez más!

La Actriz ríe con gran carcajada, el Actor aún no sale de su estupor. La carcajada queda congelada por la entrada intempestiva de varios militares y el Capitán Piñeiro con las armas a punto de disparar.

ACTOR.— ¡No disparen! ¡Era sólo un juego!

CAPITÁN.— ¡Déme la pistola! [La Actriz se la entrega estupefacta.]

ACTOR.— ¡Con ella los personajes matan o se suicidan!...

CAPITÁN.— ¡Perdone, señora, pero afuera no hacemos Teatro, allá matamos hombres, no personajes!

ACTRIZ.— ¿Nunca ha pensado en apuntar a su boca abierta y disparar?

CAPITÁN.— [Con pavor.] ¡Señora, su comentario no me agrada!

ACTRIZ.— [Como pitonisa.] ¿Nunca lo ha pensado?

CAPITÁN.— [En un acceso de sinceridad.] Alguna vez... todos lo pensamos, ¿o usted no?

ACTRIZ.— [Mintiendo.] ¡Después de esta gira quiá lo haga!

CAPITÁN.— Tenga la pistola, la va a necesitar. [El Capitán le entrega la pistola, la Actriz apunta al Capitán y dispara lentamente tres tiros sin petardo. El Capitán no parpadea.]

ACTRIZ.— Es solamente Teatro..., la guerra es diferente.

CAPITÁN.— ¡No, señora Fabrmont, la guerra y el teatro son semejantes, ambos solucionan conflictos, la única diferencia es que en la guerra matan hombres, y en el teatro matan almas! [Sonidos de bombas y lamentos.]

ACTRIZ.— ¡Usted parece ser personaje de un mal dramaturgo, le sobra tema y le falta trama! ¡Vaya y gane esa escaramuza, y luego regrese, aunque sea como público... si tiene suerte de sobrevivir! [El Capitán iracundo quiere decir algo, pero se contiene e inicia mutis con determinación.] ¡En el Teatro los personajes nunca comen, pero en la guerra, si! ¡Tenemos hambre! [El Capitán la mira una vez más. Mutis de los militares.]

ACTOR.— ¿En qué papel estabas? ¿En Medea o en Antígona?

ACTRIZ.— En vulgar soldadera mexicana, ¡que viva la revolución... pero con el estómago lleno!

ACTOR.— ¿Cuál revolución? ¿La tuya... la de ellos... o la mía?

ACTRIZ.— ¡La única revolución válida es la que nos permite ser niño o niña, hombre o mujer, la que nos impulsa a llegar a ser!

ACTOR.— [En farsa.] ¡Condeno a la acusada a un siglo de cárcel, en celda sin luz ni voces, la condeno al olvido, ahí se morirá y nadie sabrá que existió! ¡Y a nadie hará falta!

ACTRIZ.— ¿A nadie? [El Actor pierde parlamento.] ¡Uno a cero, pero no en el juego sino en la vida! ¿Por qué te gustan los juegos y no las apuestas a la vida?

ACTOR.— [Cerebral.] Porque me gusta jugar.

ACTRIZ.— Son juegos que hacen sufrir.

ACTOR.— Son juegos de la verdad... de la verdad teatral, que también es verdad, entre tantas verdades... [Sonidos de bombas y metralla.]

ACTRIZ.— ¡Ya no quiero jugar más..., siempre me siento desnuda al final!

ACTOR.— Este juego nos enseña a conjugar el verbo nadar; yo no soy nada, tú no eres nada, ellos no son nada, ¡pero juntos constituímos una sociedad! ¡Vive la Liberté, L'Egalité y la Fraternité! [Lo dice en francés con acento castellano.]

ACTRIZ.— [Personal.] ¿Aún me quieres? [El Actor duda.]

¡Me apunto un nuevo triunfo! ¿Aún me quieres? [Sonido de metralla.]

ACTOR.— [Sincero.] No. [La Actriz duda.] ¡Ahora gano yo!

ACTRIZ.— ¿Y me lo dices?

ACTOR.— ¿Y me lo preguntas?

ACTRIZ.— ¿Me vas a abandonar antes de que termine la gira? [El Actor duda.]

¡Gano desgraciadamente otra vez!

ACTOR.— ¡No lo sé!

ACTRIZ.— ¡Necesito saberlo!

ACTOR.— ¡Aún no lo sé! [Bomba.]

ACTRIZ.— No hay actor que te sustituya, ¿sabes? [En productor.] Escogí un drama nuevo sólo por ti, es una obra escrita para un actor, no hay papel para mi, es tu

oportunidad... Buenos Aires es la capital del teatro, aún mejor que Madrid. ¡Será tu consagración como actor en el papel de Yorick!

ACTOR.— ¡Yo nunca alcanzaré la consagración, Estela!... ¿Para qué tocaste el tema?

ACTRIZ.— ¡Este es tu juego de la verdad!... ¡Tú nunca me amaste! [Pausa.] ¡Te vuelvo a ganar! [La Actriz comienza a llorar con sinceridad.]

ACTOR.— Te he seguido por veinte años, he sido tu actor... en todo. [Silencio de ambos.] ¡Ahora yo soy el que gano! ¿Qué más quieres? ¿Que también sea tu admirador? Nos acostamos juntos, pero la cama es el peor de los escenarios, ni tú eres Fedra ni yo soy Marco Antonio. Somos dos vulgares humanos que desayunamos con café, que sudamos y apestamos, que un día moriremos y nadie se acordará de nosotros. ¡Pero también los hombres y las mujeres pequeñitos son personas..., persona significa per se una, una por sí misma! ¡Yo ya no quiero convivir con una mujer de mil máscaras y sin alma! [Pausa.] ¡Pierdes una vez más! ¡Yo me había prometido acompañarte en toda la gira, y abandonarte antes de volver a México. [Ella no responde.] ¡Ahora hasta ganando pierdo! [Bomba.]

ACTRIZ.— [En personaje griego.] ¡Ay, quién pudiera entender la vida!

ACTOR.— [Fingiendo susurro.] Habla en susurro, que en el Teatro existe el gran grito y el amplio ademán; pero en la vida sólo existe la incomunicación. [Pausa. Casi llora el Actor.] ¡Gano de nuevo y, como siempre, no sé contar mis triunfos!

Escena II

Entra por el vestíbulo el Capitán seguido de dos militares cargados de alimentos y de dos botellas de vino.

CAPITÁN.— ¡Un poco de queso, pan y vino faltarán en muchos hogares colombianos, pero no aquí! [El Capitán no se acerca al escenario, los dos soldados suben y depositan los alimentos sobre los baúles.]

ACTRIZ.— ¡Nada puede saciar el hambre que siento!

CAPITÁN.— Unas horas más y la revolución será sofocada. Mi promesa está vigente. La compañía estrenará con gran éxito en Bogotá, sólo pedimos un poco de paciencia. Una revuelta tarda en formarse y tarda en aniquilarse. [Los

soldados hacen mutis.]

ACTRIZ.— ¿Qué es para un militar una revolución? [Gritos y balas.]

CAPITÁN.— Los hipos de una sociedad con mala digestión.

ACTRIZ.— ¡Yo nací en el año de la última guerra de independencia de América, la cubana; viví todos los años de la revolución mexicana, y ahora sufro este Bogotaso! ¡Por lo que soy tres veces latinoamericana! ¡Usted quizás no llegue a serlo ni una vez! ¡Gracias por los alimentos! ¡La paciencia es, por desgracia, más duradera que el hambre!

El Capitán da media vuelta con gran ira y hace mutis por los pasillos que van al vestíbulo, en medio de sonidos de bombas y disparos.

ACTRIZ.— [Coloquial.] Con el hambre que tengo, no sé cómo pude tener el diálogo tan suelto. Vamos a ver qué nos trajo ese «generalito». Dos botellas de vino [Creciendo en interés.], queso, pan y... [Derrotada.] ¡Carne cruda! ¿Qué vamos a hacer?

ACTOR.— ¿No has oído hablar de la carne asada?

ACTRIZ.— ¿Pero cómo la asamos?

ACTOR.— En el Teatro puedes estar segura de hallar desengaños... y madera. ¡Hoy cenaremos carne asada estilo del «mero» norte, allá donde empieza la América que nos pertenece!

El Actor baja a la butaquería y arranca despiadado un pedazo de madera. Sube a escena y casi milagrosamente prende un fuego con ayuda de unos papeles que arranca sin misericordia del manuscrito de Un drama nuevo; se ayuda con un poco de alcohol de un estuche de primeros auxilios que saca de un baúl.

ACTRIZ.— ¡Pero no tenemos sal!

ACTOR.— ¿Por qué tiene que ser la vida perfecta para que te haga feliz? Tenemos las manos sucias, que es lo mismo. ¿Po qué no podemos disfrutar de una vida plena de imperfecciones? Es tan bello vivir sin triunfos, comiendo sin sal y bebiendo cafés aguados. ¡Adoro vivir medias felicidades! La vida no nos da vinos

añejos ni panes del horno. [Con una parrilla de piso, que cubre las luces escénicas, el Actor ha improvisado un asador, sobre el que coloca con maestría la carne.]

ACTRIZ.— ¿De verdad no me vas a abandonar?

ACTOR.— ¿Quién me lo pregunta: Medea, Electra, Nora o Estela? [Pausa.] ¡No me obligues a llegar a la frontera del amor!... ¡Hay que comer y hay que vivir, que el destino de todas maneras nos alcanza, y ante él nada podemos hacer!

ACTRIZ.— Hablas como un personaje griego.

ACTOR.— ¿Nunca soñaste con estar casada con Edipo?

ACTRIZ.— ¿Hubieras sido feliz si yo no hubiera sido una artista?

ACTOR.— ¿Te hubieras casado conmigo, si yo hubiera sido un campesino?

ACTRIZ.— ¡Acaba de asar la carne, que el hambre nos está haciendo decir verdades, y no quiero! Pausa.]

El Director aparece por el fondo del Teatro; se le ve agitado.

DIRECTOR.— ¡Cómo se atreven a encender un fuego en el escenario! ¡No les bastan los incendios de Bogotá! [El olfato le comunica la verdad.] ¿Carne asada?

ACTRIZ.— Esto es lo que le falta al Teatro... y a usted: fuego, ¡fuego!, ¡fuego!, carne, ¡carne! ¡carne! [El rito de la carne continúa.]

DIRECTOR.— [Gratamente sorprendido.] ¿Quién trajo la carne?

ACTRIZ.— ¡La dictadura!

ACTOR.— La carne estará en un momento, pero tenemos pan, queso y vino. De verdad que a los dramaturgos les falta imaginación, siempre los personajes ya han comido o van a comer, o, como en el teatro de vanguardia, nunca comen, ¡pero olvidan llevar a escena un banquete! [Comen queso y pan.]

ACTRIZ.— O una simple carne asada.

ACTOR.— Ningún hombre es más humano que cuando come...

DIRECTOR.— [Interrumpe.] Y que cuando fornicar.

ACTRIZ.— [Con picardía.] Ustedes cuidan esta carne, que yo me encargo de la otra.

ACTOR.— [Cita a las brujas de Macbeth, Acto I, Escena III.] «¡Hermanas fatídicas, enlacemos las manos! ¡Mensajeras de la tierra y del mar, giremos, giremos!...

¡Tres vueltas por ti y por mi, y otras tres para que sean nueve!» [Las vueltas van por la carne.]

ACTRIZ.— Si sabe a lo que huele, eres mejor cocinero que actor. [El aroma delicioso invade la butaquería.]

ACTOR.— ¡Cuando comencé a asar esta carne, pensé que no me extrañaría que el director de este Teatro recobrara los sentidos y olfateara la vida!... ¡Yo soy Ignacio Montarsol, real mesonero de Segovia, heredero del triste vatel, sacerdote del culto del gusto, el único sentido que los dioses no tienen; soy chef-sacerdote del culto gourmet al dios de la degustación! [Ha arrancado el Actor un pedazo de papel de un trasto escenográfico para utilizarlo como plato. Coloca un trozo de carne y lo ofrece a la Actriz.] ¡Por vu, madame! [Ella lo acepta.]

ACTRIZ.— ¡Delicioso! [El Actor le sirve al Director un buen trozo de carne en un sombrero de paja.]

ACTOR.— Pour Monsieur. [Le entrega el manjar.]

ACTRIZ.— [Con la boca llena.] ¡En mi sombrero de la Dama de las Camelias, no!

ACTOR.— ¡Las camelias no se pueden comer, Madame!

¡Sólo el pan y la carne... y lo cotidiano!

ACTRIZ.— No te conocía tan hacendoso... y tan creativo.

ACTOR.— ¡Pues has perdido veinte años de tu vida!

ACTRIZ.— Siempre creí entenderte, pero ahora te me escapas...

ACTOR.— [Abre una botella de vino, ya estaba descorchada.] ¡Cinco sentidos y una vida, lo demás es ateísmo o religión!

ACTRIZ.— [Al Director.] En qué día tan malo... y tan bueno llegamos a su Teatro. [La botella va de boca a boca por no haber copas.] ¿Qué tendrá este Teatro que se parece al oráculo de Delfos? Aquí no puede mentirse a uno mismo.

DIRECTOR.— [Inocente.] ¿Cree usted en la magia teatral?

ACTRIZ.— [Ríe.] ¡Si! ¿Y usted?

DIRECTOR.— [Sincero.] Yo... yo ya no sé en lo que creo.

ACTRIZ.— Yo le hice una pregunta que nunca me contestó, ¿quién es usted?

DIRECTOR.— [Come; infantil.] No lo sé, sé quien fui y quien seré, pero no quien soy.

ACTRIZ.— ¡Felicitaciones! [La Actriz mira al Actor.] Yo sé quien fui, pero no quién soy, ni menos quien seré.

ACTOR.— ¡Come y cállate! que sólo los gurmé conversan mientras comen, y hoy somos perros hambrientos.

Los tres comen en silencio por unos instantes.

ACTRIZ.— [Con la boca llena.] ¿Y la radio? [Corre y la enciende, sólo se escucha el silencio y un sonido invariable y gris; busca en vano todas las estaciones. La Actriz comienza a llorar de verdad; el Director y el Actor esconden las lágrimas a la mexicana; todos continúan comiendo en silencio. Después de que ha acabado la Actriz su último bocado, declama.] ¡Lo único valedero en nuestros países es el silencio! Pero dice tanto y mueve a tan pocos! Yo nunca he entendido por qué en la vida no se puede gritar como en el teatro griego. [Deambula y grita al teatro vacío. ¡Ay, cómo me duele mi América! ¡México, Cuba. La Dominicana.

Guatemala, El Salvador... Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia... Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia... Brasil, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay, Haití, Puerto Rico!... ¡Ay, cómo me tortura ver a mi pueblo luchar tanto y llegar a tan poco! [Sonó a aria operística acompañada por la música de la pólvora y el dolor.]

DIRECTOR.— [Después de una pausa.] Aquí, en este teatro, oí muchas veces hablar a Eliécer Gaitán, aquí tenía sus reuniones políticas... pero ahora está muerto... ¿por qué, si teníamos todo para triunfar?... [Deambula con desesperación.] Latinoamérica es una tierra grande y rica... con una cultura anterior que se pudo sumar a la europea... Cuando Europa no tenía salida, América aparece como un mundo nuevo, aquí debía de haber continuado la historia de Occidente, pero algo sucedió y Latinoamérica se disminuye, se menosprecia... Ya no somos tan jóvenes, cuatro siglos pesan sobre nuestra memoria, y nunca hemos pasado de ser una promesa. ¡Quizás ya hemos entrado en la vejez, sin nunca alcanzar la plenitud! [Pausa breve.] Todavía la conquista no termina, todos los días Europa sigue conquistando a América. ¡Nuestra lucha por la independencia aún continúa porque no tenemos nuestros destinos en

nuestras manos! ¡Todas las revoluciones irán al fracaso porque no basta el bolivarismo! no se puede construir nuestra América. Marx debió de nacer aquí. Tenemos que inventar, no imitar. El sueño de Bolívar de una Hispanoamérica unida no ha pasado de ser una utopía. ¡Somos tantos pero hemos sido tan torpes!
[Pausa larga.]

ACTRIZ.— [Conmovida.] No me has respondido, ¿quién eres?

DIRECTOR.— [Intimo.] ¿Yo?... Cadaver... sombra... polvo... nada...

ACTRIZ.— ¡No hagas literatura, habla por ti mismo!

DIRECTOR.— ¡Yo soy uno de éstos a los que no nos tocó vivir la plenitud de la historia! [Sonidos de chusma ametrallada.]

ACTRIZ.— ¿Pero, quien eres tú?

DIRECTOR.— [Desolado.] ¿Yo?... ¡Un traidor!, yo debí de estar allá luchando... y aquí estoy...

ACTOR.— Así fue porque así debía de ser...

DIRECTOR.— ¡No! ¡Mis amigos deben estar muertos...y yo no sabré sobrevivirlos!

ACTOR.— ¡Tú puedes hacer tanto!

DIRECTOR.— ¡No! ¡Yo quiero estar muerto!

ACTOR.— ¿Te conocen ellos? [Señala a los militares.]

DIRECTOR.— Si.

ACTOR.— ¡Vete! ¡Escóndete en otro sitio! ¡Este y todos los teatros pueden esperar! [Sonido de metralla.]

Escena III

CAPITÁN.— [El Capitán había entrado hacía un instante.] ¡Es mi deber avisarles que la avanzada enemiga ha sido detenida y que el gobierno de Ospina Pérez ha sofocado este conato de revolución! ¡Viva Colombia! [El Capitán se acerca al escenario.] ¡Viva Latinoamérica! [El Capitán intenta subir al escenario por el lunetario. Uriel Valente saca una pistola -verdadera— de su saco y dispara tres veces al Capitán, cuando éste pretendía subir la escalerilla que conduce al escenario. El Capitán, aún de pie, se mira las heridas y con ojos desconcertados mira a la Actriz. El Director huye en dirección equivocada, luego corrige el rumbo

y se pierde en las tinieblas de las profundidades de la escena. El Capitán se desploma sobre el escenario; los dos actores corren en su auxilio. El Capitán habla con dificultad.] ¿Por qué? ¿Por qué? ¡No había necesidad! [Los militares han acudido al sonido de las balas, entran por el vestíbulo, el herido les señala la ruta del asesino.] ¡Por ahí se fue! [Los militares siguen la dirección marcada en la oscuridad, sus pasos se escuchan hasta que se hace el silencio.] ¡Ayúdenme a recostarme! ¡No tengo nada!

Los dos actores acuestan al Capitán en el escenario, la Actriz coloca una cobija sobre el herido y un envoltorio de ropa a manera de almohada. De vez en cuando se escuchan sonidos lejanos.

ACTRIZ.— Así estará mejor.

CAPITÁN.— ¿Qué tengo? ¡Díganme! ¿Qué tengo? No siento nada.

ACTOR.— [Con gran dolor.] Varias heridas en el abdomen o en el pecho...

CAPITÁN.— [Agónico.] ¡Tápenme las heridas... háganme un torniquete!... ¿Por qué no hacen nada? [Con pavor.] ¿Son también gaitanistas? [Se despiertan las voces y las lágrimas de la paz por las calles.] [A la Actriz.] No veo dónde tiene las heridas, todo está cubierto de sangre.

ACTRIZ.— [Mintiendo.] ¡Dáme tu corbata, hay que ponerle un torniquete! [El Capitán se desmaya.] ¡Ha perdido el conocimiento!

ACTOR.— ¡Voy a pedir ayuda! [Intenta salir por el lunetario.]

ACTRIZ.— ¡Ignacio, espera!... ¡No te quiero perder!

ACTOR.— ¡Cualquiera puede hacer el papel de Actor característico...! ¡Adiós, Estela, ya no hay razón para vivir... de menos para vivir juntos! [El Actor ha salido del vestíbulo.]

ACTRIZ.— [Al Actor.-] ¡Espera, Ignacio! [Llora. Al Capitán, como Pietá.] ¡Espera, no huyas, que vivir es esperar contra toda esperanza; para vivir, a veces no hay una razón, pero para morir tiene que haberla! ¡No te mueras, soldadito de plomo, pedacito de la historia de éste 1948 de Colombia, héroe y traidor inútil! ¡Vive y demuestra que eres hombre y no fusil, corazón y no látigo! ¡No te mueras en mis brazos, que solamente se ver morir...y matar... en escena! ¡Quiero que

vivas tú, que vivan todos! [Llora desconsolada.]

ACTOR.— [Regresa y dice desde la entrada del vestíbulo.] Las calles están desiertas, no hay militares, solamente quedan los muertos.

ACTRIZ.— ¡Ven, Ignacio, abrázame!

ACTOR.— [Se acerca a la Actriz.] ¿Qué te pasa?

ACTRIZ.— ¡Volviste!... ¡No me dejes! ¡No podría!...

ACTOR.— Yo ya no te sirvo. [No sonó a reproche.]

ACTRIZ.— Nunca te he querido por ser útil. [Unos ruidos señalan el regreso de los tres militares por el fondo del Teatro. La Actriz los ve venir y dice:] ¿Se escapó?

SOLDADO I. Sí. [La Actriz y el Actor se ven aliviados.]

SOLDADO II.— El que pierde, corre.

ACTOR.— El que corre, no pierde. [Los soldados no entendieron.]

ACTRIZ.— ¡Vayan a pedir auxilio!

SOLDADO I.— ¿Para qué?

ACTRIZ.— ¡El Capitán se muere!

SOLDADO III.— Déjelo morir. Yo he visto morir a muchos, y cuando la pelada se fija en uno, no hay forma de correr.

ACTRIZ.— ¡Pero todavía vive!

SOLDADO I.— Yo no me voy a arriesgar. [Mira a sus compañeros.] ¿Quién se anima? [Ambos niegan.] Nadie es tan estúpido que quiera ser héroe.

ACTOR.— ¡El Capitán necesita un doctor con urgencia!

SOLDADO III.— Lo tendrá si puede esperar a que esta vaina de revolución termine.

ACTRIZ.— ¿No les duele que el Capitán se muera?

SOLDADO I.— Si muere éste, habrá otro Capitán.

SOLDADO II.— En esta revuelta poco soldado ha muerto, entre menos se llevarán las medallas.

ACTOR.— ¡Hablan del Capitán como si fuera una especie animal inextinguible!

ACTRIZ.— ¿Qué hacían antes de ser soldados? [Mira al Soldado I.]

SOLDADO I.— Sembraba... [La Actriz interpela con la mirada al Soldado II.]

SOLDADO II.— Nada... [La Actriz continúa con el interrogatorio.]

SOLDADO III.— Lo mismo...

ACTOR.— ¿Era tan malo este Capitán que no les duele que se muera?

SOLDADO II.— [Sonríe.] Le pagamos con la misma moneda, si los muertos fuéramos nosotros, a él poco le importaría.

ACTOR.— ¿Qué es Latinoamérica para ustedes?

SOLDADO I.— ¿Quién?

ACTOR.— ¡Nosotros!

SOLDADO II.— [Levanta los hombros.] Yo no había conocido más allá de Pasto, hasta ahora llego a la Capital...

ACTRIZ.— ¿Conocen lo que es México... Argentina... Perú?...

SOLDADO III.— Oímos hablar de esas ciudades, pero... [Encoge los hombros.]

ACTOR.— ¿Creen en Dios? [Sonido de una gran bomba.]

SOLDADO II.— ¡Claro! ¡Porque si no existiera, no podríamos estar aquí peleando!
[Ríe vulgarmente.]

ACTRIZ.— [Que había estado refrescando el rostro del Capitán con un pañuelo.]
Váyanse, no quiero verlos más! ¡No regresen, salvo que traigan a un doctor!
¡Largo! [Los soldados se miran entre sí y salen con toda calma. La Actriz comienza a llorar con gran tristeza.]

ACTOR.— [Los ve salir. En farsa.] Perdone, señorita que la incomode, pero quisiera hacerle una entrevista, su organización benéfica bien pudiera cambiar el mundo...

ACTRIZ.— [Aún con lágrimas.] ¡No juegues ahora! ¡Te lo suplico!

ACTOR.— [Siguiendo con el juego.] Este artículo será de publicación mundial, nuestra difusión no tiene límites.

ACTRIZ.— ¡Guarda silencio, que podemos perturbar!...

ACTOR.— [En farsa.] Solamente usted puede ayudarnos. Necesitamos descubrir el eslabón perdido entre el hombre pobre y el hombre rico. Nuestro periódico ha logrado una entrevista con el hispano más rico del mundo, ahora buscamos al más pobre para entrevistarlo.

ACTRIZ.— [Entrando con esfuerzo al diálogo.] ¡Hay tantos!

ACTOR.— Nuestras estadísticas la señalan como la mecenas que más ha ayudado

a nuestros pobres. ¿Cuál ha sido su criterio para diferenciar a los verdaderamente pobres de los que no lo son? [La triz duda. En Actor.] ¡Uno a cero!

ACTRIZ.— [Habla automáticamente.] Pobre es el que no come.

ACTOR.— Con esa definición la mitad somos pobres. ¡Necesitamos una definición más precisa! [La Actriz duda.] ¡Dos a cero! ¿Quién es verdaderamente pobre?

ACTRIZ.— [Contesta como autómeta.] Aquellos que no pueden nacer, ni crecer, ni tener hijos, sólo morir, todo por motivos económicos.

ACTOR.— Aún son demasiados, necesitamos un criterio más estricto, ¿quiénes son pobres?

ACTRIZ.— Pobres son los que roban para comer.

ACTOR.— Eso lo hacen tantos que escapan a mis estadísticas, además no todos los ladrones comenlo mismo. [La Actriz no responde.] ¡Tres a cero! ¿Quién es el hombre más pobre que habla español?

ACTRIZ.— [Habla despacio.] ¡El hombre más pobre no es el que no come, sino el que no defeca!...

ACTOR.— ¡Yo soy el hombre más pobre del mundo! Tengo un ojo bueno y otro ciego, pero quizás mi padre fue ciego; soy medio sordo, pero hay quien no oye; mi lengua es completa, habla y acaricia; no hay alguien tan pobre que no pueda oler, y aquí [Señala su frente.] no todo está oscuro. Es cierto que no tuve padres, ni engendré hijos, ¡pero no soy tan pobre que quiera morirme!

ACTRIZ.— [Llora sincera, en Actriz.] ¡Ignacio, no me dejes ahora, te necesito más que nunca! ¡Me siento... vieja! ¡Me doy asco! ¡Soy como nuestras tierras, pasé de ser niña a ser vieja, sin que nunca alcanzara la plenitud! ¡No me abandones!

ACTOR.— ¡Nunca pudimos llegar a ser el matrimonio que soñamos!... ¡Nos faltó tanto!...

ACTRIZ.— Tanto como le falta a este continente para ser el continente de la felicidad?...

ACTOR.— Tanto y más... Estela, ya no deseo compartir la vida contigo...

ACTRIZ.— ¡Yo todavía te quiero!

ACTOR.— ¡Yo un día dejé de quererte! [Suspira.] ¡Ahora me siento libre!

ACTRIZ.— [Serena, pero con infinita tristeza.] Si así están las cosas, ya nada hay

que se pueda hacer... [Pausa.]

ACTOR.— [Mira al Capitán, había muerto hacía varios minutos.] ¡Está muerto! [La Actriz se sorprende.]

ACTRIZ.— [Se incorpora, abre un baúl y saca una enorme tela blanca, y con ella cubre el cadáver del Capitán.] Nunca supimos si tenía esposa e hijos, supongo que todos los militares lo tienen. Sólo supimos que gustaba de la milicia... y del Teatro... [La tela se ha ido tiñendo de sangre.]

ACTOR.— [Mira al fondo del escenario.] ¿Dónde estará el Director?

ACTRIZ.— ¡Ha de estar entre sus amigos tramando cómo construir una América plena!...

ACTOR.— [Con pasión.] ¿Sabes lo que he descubierto en este Teatro ruinoso? Que amor es decirle a otra persona que la querrás cuando ya no la quieres... Estela, yo ya no te quiero, pero estaré siempre contigo... [Se abrazan con gran comprensión.] ¡Está amaneciendo afuera... ya no hay sonidos de guerra... quizás todo haya terminado!...

ACTRIZ.— [Con lágrimas plácidas.] ¡Vámonos fuera...! ¡Volvamos a México... a luchar juntos nuestra contienda...! Hoy por primera vez en mi vida, no hubo Teatro, Colombia no nos ha querido... ¡Como tampoco ha querido la Libertad!...

Los dos actores salen por entre el público, sus brazos se entrecruzan cariñosos, y sus rostros tienen la expresión de infinita plenitud. Los pasillos se iluminan con el gran sol del amanecer que afuera está empezando a brillar, la luz matutina es una promesa de Libertad. Fin del Acto Segundo.

Guillermo Schmidhuber. Correo electrónico: gschmidhuber@yahoo.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar